

MICKIEWICZ, Adam; SLOWACKI, Juliusz; KRASINSKI, Zygmunt; NORWID, Cyprian Kamil: *Poesía polaca del Romanticismo*. Edición bilingüe de Fernando Presa González. Cátedra: Madrid 2014. Colección Letras Universales. Volumen 481. 439 pp.

Adentrarse en la lectura de poesía, ya sea en la de la propia lengua materna o en la distancia de una lengua extranjera que trata de salvar la traducción o la versión, requiere del lector, al menos, dos aspectos fundamentales y que soy partidario de tener en cuenta también a la hora de aproximarse a cualquier obra literaria: el amor a la palabra y la voluntad de comprensión, a poder ser, exenta de prejuicios. En esa voluntad de comprensión ha de incluirse la curiosidad por el conocimiento de la cultura de la que es depositario cada idioma, su imaginario y los traumas colectivos de la comunidad o las naciones que lo conforman. No estamos, por tanto, sólo ante un libro de poesía polaca, sino también ante un interesante panorama de la historia de Polonia del siglo XIX a través de la vida y obra de cuatro poetas paradigmáticos.

El lector de poesía, incluyendo el erudito o el filólogo, encontrará en este volumen de *Poesía polaca del Romanticismo* una antología más que suficiente para hacerse una idea del imaginario colectivo polaco y asistir a cuatro maneras distintas y magistrales de entender la creación poética, el adjetivo magistral es absolutamente necesario en este caso. Como suele ser costumbre en la publicación de volúmenes poéticos de la colección Letras Universales de la editorial Cátedra, la edición es bilingüe. La calidad de los poetas que forman parte de esta antología está fuera de toda duda para cualquier lector mínimamente documentado sobre literatura polaca. La aparición de un libro de poesía polaca traducido al castellano como el que nos ocupa, supone un enriquecimiento cultural tanto para el lector erudito o universitario, como para los amantes de la poesía, y viene a llenar un vacío casi intrínseco y vernáculo de las ediciones en castellano de autores polacos. Las aproximadamente cien páginas de introducción, se hacen indispensables para abordar la lectura, la comprensión de la temática de los poemas y reconocer la evolución de la corriente romántica de la creación poética en lengua polaca.

Fernando Presa González estructura su introducción a la antología en tres grandes bloques que van de lo general a lo concreto: un primer bloque que resume la historia de Polonia durante los siglos XVII y XVIII y la diáspora de la que formaron parte muchos intelectuales polacos, sobre todo a Francia, a lo largo y ancho del territorio europeo, cuando no más lejos; un segundo bloque en el que se explica la particular visión de la estética del Romanticismo en los autores polacos, y un tercer bloque en el que se relatan de manera sucinta las biografías y las no menos interesantes historias de la recepción de los poetas que forman parte del libro, coronadas al principio de cada capítulo por un verso, a modo de umbral, con el que se resume la visión estética y la producción de cada autor.

La introducción de Presa González pone énfasis en desentrañar el devenir de cada poeta en su debida coordenada histórica, su visión personal del mundo y la cristalización de ambos aspectos reflejados en los poemas. Resulta sumamente interesante y contribuye al disfrute de la lectura el hecho de reconocer en los poemas la relación que conforman la historia de Polonia, las distintas estéticas imperantes y las vicisitudes personales de cada poeta. Del mismo modo que ocurriera en territorios alemanes con la aparición de corrientes como la *Empfindsamkeit* (Sentimentalismo) y la *Aufklärung* (Ilustración), que fueron el punto de partida de movimientos como el *Sturm und Drang*, la llamada *Klassik* y la *Romantik* (Romanticismo), se asiste a un desarrollo de la conciencia nacional polaca que da como resultado diferentes actitudes que pueden ir del compromiso social, al amor a las tradiciones y leyendas o pasan por el deseo de liberación de las ataduras literarias, la ruptura, en definitiva, con lo establecido. Lo original, lo que hace única la visión estética del Romanticismo polaco, es el Mesia-

nismo, esto es, la identificación del destino del pueblo polaco con el del mesías de la religión católica. Es de agradecer, asimismo, que Presa González no sólo ponga el foco sobre el género de la lírica, sino que a lo largo de la introducción también se nos informe de la transformación que sufren los distintos géneros literarios como el teatro, la narrativa o incluso la conciencia de autoridades lingüísticas de los autores y ofrezca un minucioso estudio del recorrido de las influencias que cada uno de ellos tuvo y ejerció, en especial, del peso de Cervantes o de Calderón de la Barca fuera de nuestras fronteras, aspecto que en España se suele perder fácilmente de vista, sobre todo en la concepción cristiana de la política y que tanto ha influido en el desarrollo de las literaturas europeas.

Los cuatro poetas que conforman la antología, pese a formar parte de un mismo movimiento literario, afrontan la creación con ambiciones y desde ópticas diferentes. Por parte de Presa González se aprecia una clara predilección, legítima por otra parte, por los poetas Mickiewicz y Slowacki, de mayor calado historiográfico, con treinta poemas por autor en la antología, mientras que Krasinski y Norwid llegan a los treinta y dos entre ambos. En este punto se haría necesario detenerse brevemente a comentar las características de cada poeta y ciertos aspectos de la traducción de los poemas.

El primero de ellos, Adam Mickiewicz, es un poeta que sufre un proceso de madurez evidente desde sus primeras composiciones, en las que predominan las odas y los poemas amorosos de ámbito más íntimo, hasta llegar a los *Sonetos de Crimea* y los *Sonetos de Odesa* en los que el exotismo oriental, lo arábico y la búsqueda de una renovación del lenguaje que cristaliza en el yo poético de *El peregrino*. Es un poeta cuya obra termina derivando en poemas de corte más social, bélicos, religiosos y de alabanza a la libertad. La traducción del primer poema “Destellarán los ojos de alegría...” me sorprendió gratamente, es absolutamente rítmica, con endecasílabos en los que se respeta en casi todos los casos la prosodia del castellano. A partir de ese primer poema, el traductor opta por la literalidad en detrimento del ritmo. Una breve muestra con la que ilustrar esta apreciación, son los versos de la duodécima estrofa del poema “Canto de los Filaretas”: “Porque donde ardan los corazones / Tú eleva el espíritu con el compás //”. Se podría haber versionado de manera algo más sonora atendiendo brevemente a la elección de una prosodia endecasílaba, sin necesidad de ir en detrimento de la literalidad del contenido: “Allí donde los corazones ardan / Con el compás eleva tú el espíritu. //” Lo mismo ocurre más tarde con el primer soneto de los *Sonetos de Crimea*, se asiste como lector a una versión excelente y rítmica, emocionante, en versos alejandrinos que respetan el ritmo de la lengua en la que se traduce: “Se pone el sol. No hay nada. Ni caminos ni túmulos. / Busco en el cielo un astro que guía los bajeles; [...] //”. Es una verdadera lástima que Presa González, siendo capaz de versionar al castellano de una manera más que digna los poemas de esta antología, como en los casos nombrados, haya optado en tantas ocasiones por la literalidad.

Julius Slowacki, el segundo de los poetas de esta antología, sufre una evolución análoga en un primer momento y, al mismo tiempo, antitética a la de Mickiewicz, de lo íntimo a lo social, a lo nacional si se prefiere, ya que la estética personal de Slowacki es distinta, metafórica y filosóficamente depurada, en la que Polonia como yo poético es la protagonista implícita y destinataria de muchos de los poemas. Los últimos poemas dejan entrever, sin embargo, una desazón y desengaño vitales e incluso de desilusión política que sorprenden por su hermosura y sinceridad. Si poemas como “Conversación con las pirámides” o “Cuando los polacos se sublevan de verdad” emocionan y sobrecogen por lo que significan al leerlos desde la óptica del tiempo presente, no dejan tampoco indiferentes “Mi testamento” u “Os entrego esta corona de recuerdos”, que dice así: “Antes pensaba en comer locuras / Sentar con vosotros las bases de las nuevas naciones, / Pero ahora me basta con un pequeño rincón de la tierra / en el que recluirme dentro de una concha de madera y ahogarme. //”.

Zygmunt Krasinski es un poeta cuya vida se ve marcada por su origen aristocrático y una difícil relación con la autoridad de su padre, bien relacionado con las altas esferas de la política y fiel al gobierno prusiano que ocupaba los territorios polacos. Debido a ello, se ve obligado a renunciar a la actividad política, común en los poetas románticos polacos, así como se ve abocado a contar muchas veces con el desprecio de sus compatriotas y a viajar de ciudad en ciudad europea y refugiarse en la actividad literaria, no sólo componiendo poemas, sino también dramas de suma importancia para la literatura polaca y europea de la época. A lo largo de su periplo por Europa conoció a los dos poetas que lo preceden en la antología, Mickiewicz y Slowacki, de los cuales llegaría a escribir incluso un ensayo literario. La poesía de Krasinski recogida en esta antología es, por un lado, la poesía amorosa dedicada a dos figuras de mujer: Joanna Bobrowa y Delfina Potocka, ambas mujeres casadas con las que el poeta mantuvo romances más o menos duraderos; y por otro, los poemas de tinte apocalíptico y nacionalista tras las revoluciones de 1848. Sorprende, no obstante, la capacidad metafísica que Krasinski imprime en sus poemas de amor. El comienzo del poema “Tiempo”, dedicado a Delfina Potocka, da buena cuenta de que estamos ante un poeta en el que prevalece el pensamiento sobre la metáfora, un poeta existencialista después de todo: “¡El tiempo tiene en sí algo enormemente amargo! / ¡Cuántas veces lo quise detener / mientras tuve días felices a tu lado! //”.

La vida y la obra del último de los poetas de esta antología, Cyprian Kamil Norwid, va un paso más allá. Conviene detenerse en el capítulo dedicado a Norwid en la introducción de Presa González para apreciar la profundidad y la calidad humana de los poemas de Norwid, que si bien parte de los preceptos estéticos del Romanticismo, es el último de los románticos. El poeta experimenta con el lenguaje y lo lleva a nuevo estadio en el que trata de provocar una implicación del lector, alejándose en última instancia del nacionalismo y la revolución mediante la guerra, apelando a valores universales como la justicia y la libertad en poemas como “¿Qué hiciste a Atenas, Sócrates...?”, “A los contemporáneos” o “Con las manos hinchadas de aplaudir”. Por si fuera poco, resulta interesantísimo, como lector español, el ciclo de poemas titulado *Nuestra epopeya*, en el que la lectura de las aventuras de Don Quijote y su ejemplo termina por convertirse en un trasunto de la vida del propio poeta y, a través de él, se hace extrapolable a todos los seres humanos.

Es harto difícil, como crítico, juzgar una antología bilingüe tan completa, tan bien documentada, exacta e interesante y que cuenta con algunas versiones de los poemas tan bien vertidas al castellano. Más difícil se hace todavía comprender el criterio por el que algunos poemas están tan bien versionados y otros son objeto de traducciones literales, opción, dicho sea de paso, absolutamente legítima desde el punto de vista traductológico y filológico. Existen, además, ciertos deslices subsanables para siguientes reimpresiones o ediciones, por ejemplo, en la página 40, se dice a colación de las lecturas que influyeron a Adam Mickiewicz: “donde se entrega a la lectura de los grandes románticos europeos (Byron, Shiller [sic] y Goethe)”. El nombre del poeta alemán aparece transcrito de manera incorrecta. O la aparición gráfica del número catorce junto a un verso en la página 139: “La misma melodía en nuestro cielo: / ¡Te amo, te amo! 14 //”, que probablemente se trate de una nota al pie de página abandonada durante la edición del libro.

El recuerdo que deja el libro es inmejorable, es uno de esos libros que no se deja de leer nunca con el paso de los años, al que se puede regresar como lector, filólogo o investigador para seguir aprendiendo. Un libro, en definitiva, que no puede faltar en la biblioteca de cualquier lector de poesía.

Fernando J. PALACIOS LEÓN